

Dj Webern

Por Mikel Chamizo

Barcelona, 16/06/2005. L'Auditori. Músicas de Anton Webern con interacción de Dj Rupture y Doseone. Richie Hawtin: Circles y Mind Encode. 2ª parte: obras de Takemitsu, Bartók, Debussy y Mussorgsqui con proyecciones visuales realizadas por Rachel Reupke, Dietmar Offenhuber y Nina Wenhart. Orquesta Sinfónica de Barelona y Nacional de Catalunya. Dirección musical: Pedro Alcalde

El festival Sonar de Barcelona, orientado hacia la música electrónica consumible en pistas de baile, reunió en L'Auditori de la ciudad a una fauna muy poco común en este tipo de recintos casi sagrados: rastas, *piercings*, camisetas sin mangas, pantalones por las rodillas y todo tipo de detalles *cool* se acumularon en unas butacas que suponían una novedad para un tipo de público poco acostumbrado a escuchar un concierto sentado y cuya falta de conocimiento del ritual de escucha de la música culta fue más que evidente. Pero lo cierto es que al margen de un ruido ambiente algo excesivo, de un constante ir y venir por los pasillos en las pausas y de una capacidad de aplaudir sorprendentemente escasa, el espectáculo se desarrolló por buenos cauces debido sin duda a la accesibilidad y brevedad de la propuesta.

La primera parte del concierto mezclaba música de Anton Webern con 'artistas provenientes de la escena de las músicas avanzadas', según el programa de mano. Uno realmente se desorienta ante la diferencia abismal que puede cobrar el significado de un adjetivo como 'avanzado' en distintos campos de creación musical. Al menos a mí, que me desplazé hasta Barcelona esperando encontrar un soplo de aire fresco en el panorama musical actual, aunque fuese proveniente de un campo ajeno al de la música contemporánea culta, las propuestas presentadas por el Sonar me parecieron obsoletas en cuanto a originalidad y estéticamente mediocres. Pero al parecer esto me debió de ocurrir solamente a mí, porque la 'peña' presente en L'Auditori estaba alucinada con las 'pajas mentales' (esta expresión posee connotaciones negativas) de Dj Rupture, Doseone y Richie Hawtin.



Dj Rupture es un especialista en *scratch*, es decir, en ruidos, y como tales entendió los sonidos que pueblan las músicas de Webern. Me pregunto hace cuanto tiempo que quedó desfasada esta visión modernista del músico vienés, a quien en los últimos lustros se le

está considerando, y cada vez con mayor énfasis y mejores resultados, un compositor esencialmente lírico. Las texturas, ruidos y sonidos electrónicos introducidos por Dj Rupture, aparte de no presentar ninguna conexión estructural con la música de Webern, la ahogaron también en un exceso de decibelios que queda fuera de su carácter.



Doseone es rapero y escritor, y es una figura del *hip hop*. Para la ocasión creo un texto que recitó sobre los movimientos tercero y cuarto de los *Cinco movimientos para cuarteto de cuerda*, op.5, también de Webern. El texto titulado *Luck and Fear* (Suerte y miedo) resultó ser un poema en métrica libre de toques surrealistas, evocaciones un tanto torpes y una calidad literaria muy normal. La recitación, en un voz aguda y algo nasal, no estuvo mal en sí aunque la actitud errante de Doseone sobre el pequeño escenario llegó a resultar exasperante. Y aburrido.



Lo mejor de esta primera parte llegó sin duda de manos de Richie Hawtin, uno de los *dj* más famosos del mundo y un verdadero ídolo de la música electrónica. Para la ocasión adaptó dos de sus temas, no especialmente apreciados por sus seguidores, para orquesta sinfónica y *dj*, que era él mismo en su *Power Mac*. La parte orquestal, que podría haber sido tranquilamente música de vanguardia de los 60 si no fuera por su estructura secuencial, me sorprendió por una sutilidad tímbrica que era demostración de una técnica realmente sólida que no me esperaba de un *dj*, aunque me asalta la duda de quien es el verdadero autor de estas orquestaciones, ya que en el programa no figura. Lo que sin duda sí fue obra de Hawtin es el fantástico trabajo de *loops* y *beats*, de una morfología siempre cambiante, y que en *Mind Encode* llegaban a producir sorprendentes efectos de saturación y transparencia para con la orquesta. Hawtin, que se llevó la mejor ovación por parte del público, se fue del escenario como alma que lleva el diablo. Parecía un tipo bastante raro, la verdad.

La segunda parte fue, en cuanto a calidad artística, inmensamente superior a la primera. En esta ocasión cuatro piezas del repertorio clásico fueron acompañadas por video-proyecciones de la escocesa Rachel Reupke y de los aleman Offenhuber y Wenhart. El video creado por Reupke para *Twill by Twilight* fue fantástico en su simplicidad: nada más que seis planos fijos distintos de una montaña nevada, con un pequeño pueblo a sus pies, en el que ocurren pequeñas cosas (un coche toma una carretera, el viento mece una tela de araña), en una especie de tiempo real pero acelerado por la sustracción de fotogramas, con un efecto similar al del cinematógrafo de principios de siglo. El efecto mágico se veía reforzado por dos momentos, brevísimos, en que una esfera de color surcaba parte de la pantalla en conjunción con momentos clave de la música. A mi me entusiasmó, en parte debido también a que la versión firmada por Pedro Alcalde fue más

que notable.

El segundo trabajo de Reupke fue para una breve pieza de Bartók, Una tarde en el pueblo, aunque pienso que la traducción correcta del húngaro habría de ser Un anochecer en el pueblo. El video simula una pintura, un paisaje de intenso colorido que sin embargo presenta vida, en forma de pequeñas figuras que se persiguen por sinuosos caminos y de una luz que, inversamente lo que sugiere el título, se aclara en vez de oscurecerse. Y el resultado, precioso.

Las propuestas de Offenhuber y Wenhart fueron más experimentales. Para los del primer *Nocturno* de Debussy, Nubes, optaron por una serie de imágenes pequeñas, cual *snapshots*, que atravesaban un fondo blanco en travesías circulares, oblicuas, rectas, etc... con una variedad en la intensidad de su número adecuado al carácter de la música en cada momento. Por su parte, el Preludio de *Jovanshchina* de Mussorgski –orquestado por Dmitri Xostakóvitx, según la transliteración catalana-, presentó un plano fijo en el que la imagen se hubiese dividido en digamos 40 cuadros más pequeños y estos cuadros se hubiesen cambiado de lugar aleatoriamente, dando lugar a una especie de mosaico en el que el movimiento de un coche o una luz generaba un extraño movimiento simultáneo en diferentes puntos de la pantalla. El proceso, en principio simple, fue utilizado con inteligencia para crear un bellissimo efecto de estrellas hacia el climax final de la pieza.

La Orquesta Simfónica de Barcelona y Nacional de Catalunya firmó unas actuaciones correctas aunque su rendimiento como conjunto orquestal diste bastante de ser el ideal, en especial en cuanto a calidad tímbrica se refiere. Pedro Alcalde demostró poseer una gran musicalidad y una especial afinidad con la música de Takemitsu, que comprendió y supo transmitir a la perfección.

No puedo terminar esta crítica sin hacer un comentario sobre el servicio de prensa del Sonar, el peor con diferencia que me he encontrado en mis siete años de actividad como crítico musical. No sólo extraviaron mi invitación y nadie sabía quien me había llamado para confirmármela, sino que encima un mocoso que debía de estar en prácticas se atrevió a insinuar con una arrogancia despreciable que yo podía ser un estafador que me había presentado allí para conseguir ‘de gorra’ una entrada. ¡Eso es tratar bien a la prensa y lo demás son tonterías!.